

Historia y literatura

Herón Pérez Martínez

El número 123 de *Relaciones* muestra en su sección temática un manajo de situaciones que ilustran las complejas relaciones entre historia y literatura dos territorios que aunque, conformados de distinta materia, estructuras y horizontes, tienen muchos puntos de contacto. La literatura en sí misma nunca es historia porque sólo existe en el acto de la escritura y en el acto de la lectura. El texto literario es un conjunto estructurado de enunciados, fijados por símbolos, que tiene capacidad para evocar su propia realidad dentro de una unidad sistemática o de estilo. La palabra literaria tiene autonomía significativa porque no requiere que esté determinada por referentes reales; el texto literario crea un universo de ficción que sólo depende del contexto literario. El discurso literario tiene, en efecto, la propiedad de crear a través del mismo mensaje su propia realidad.¹ Hayden White afronta este tipo de problemas no sólo en su *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*,² sino que, sobre todo en *El texto histórico como artefacto literario*, discute las categorías de “objeto”, “objetivo” o “realidad” en que los historiadores neopositivistas basan su cientificismo y recuerda que un historiador, al escribir, lo que hace es emplear las categorías hermenéuticas vigentes en su medio para codificar los acontecimientos que son objeto de su escritura.

¹ Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona Piados, 1994, 163.

² México, FCE, primera reimpresión de la primera edición en español, 2001.

Paul Ricoeur dice en su ensayo *Relato, historia y ficción*, en donde expresa su punto de vista sobre la narratividad en la que confluyen tanto el discurso del historiador como del literato, que “las frases narrativas [aún antes de concernir al discurso narrativo] son clases de frases que se pueden encontrar en los relatos de cualquier tipo, comprendidos en el lenguaje ordinario; ellas se refieren a dos acontecimientos separados en el tiempo, aunque describan solamente al primero de ellos”.³ La conclusión a la que Ricoeur llega es que una frase narrativa es sólo una de las descripciones posibles de una acción, que podemos describir, por ejemplo, en función de sus motivos, de sus intenciones o de sus metas. Ello nos lleva a nuestra tesis que dice: todo texto, de cualquier índole que sea, está afectado por la subjetividad del lenguaje: en los términos usados está ya la toma de posición del historiador o del que escribe. Más adelante, en la misma obra, Ricoeur parte de que las funciones del relato estudiadas por Propp son otras tantas categorías desde las cuales se puede interpretar y describir un acontecimiento: ausencia, prohibición, violación, reconocimiento, liberación, fraude, complicidad, para sólo nombrar las siete primeras de las treinta y una funciones que de hecho son categorías compuestas que abarcan campos nocionales completos.

Por otro lado, se debe considerar a la literatura en su relación inseparable con la vida de la sociedad, fincada sobre los factores históricos y sociales que ejercen influencia sobre el escritor. La literatura, en efecto, es un fenómeno social que consiste en la percepción de la realidad a través de imágenes creadoras. Las obras literarias reflejan con mayor o menor fidelidad la realidad en toda su complejidad. Un texto literario funciona, sí, en un plano sincrónico que le confiere una riqueza formal, conceptual y creativa, ya adquirida ya formada en su propio contexto, por la lectura desde el *yo* y *aquí*. Pero un texto literario tiene, además, la cualidad de pervivir en el plano diacrónico e histórico de la palabra hecha cultura, lo que le confiere significación adicional acumulada por el tiempo y las sucesivas interpretaciones culturales. La recepción de un texto literario requiere su apreciación como un signo semiótico.

El cruce de un texto literario con lo histórico es totalmente natural. El horizonte de expectativas de un texto literario, en efecto, está constitui-

³Op. cit. 27s.

do no sólo por el conjunto de conocimientos que el lector tiene con respecto a lo literario sino por su experiencia en las múltiples cosas de que se constituye la vida cotidiana. La distancia que se da entre lo que espera un lector y lo que realmente aporta el nuevo signo estético que se le propone, constituye lo que Jausse denomina la “distancia estética”.

El signo literario no funciona mecánicamente. Su primer significado, entonces, equivalente al interpretante dinámico de Peirce, depende de las condiciones del intérprete. Toda obra literaria, en efecto, encuentra constituida una especie de capacidad hermenéutica que determina su recepción. El término “recepción”, entonces, en la teoría y estética de la recepción no significa simplemente una acción de recibir neutra, sino una acción de recibir que está condicionada al “horizonte de expectativas” que funciona como recipiente de acuerdo con la vieja máxima de la filosofía escolástica: *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. Los textos literarios son productos del espíritu humano escritos en momentos numinosos y singulares, momentos mágicos de esos que de vez en cuando rompen el gris y la rutina de la vida diaria: esos momentos sólo se aferran mediante procesos de simbolización muy parecidos a los que dan origen al mito. De todo este complejo y fascinante mundo de verdades se hace eco este número 123 de *Relaciones*.

Conforman la Sección temática tres artículos, de Edgar Iván Espinosa Martínez “En busca de un método: la escritura de la historia en México, 1853-1889”; de Omayda Naranjo Tamayo “*Pensativa* de Jesús Goyortúa Santos: Imagen y representación de la mujer mexicana en la novela de tema cristero”; y el de Ana Cristina Ramírez Barreto “Eréndiras de leyenda y carne-y-hueso”.

El primero de ellos explora la escritura de la historia en la que entran en juego valores, recursos y perspectivas literarios. Para el autor del artículo, no sólo finca en el romanticismo filosófico y literario alemán las bases de su reflexión, sino que exhibe que en el ámbito de la historiografía mexicana actual se plantearon propuestas dirigidas a resolver problemáticas como *reinventar* a la nación para sustentar desde lo ideológico el proyecto de un estado fuerte, la necesidad de *convertir* en ciudadanos a los mexicanos de la época a partir del conocimiento sobre ciertos sucesos y personajes, así como la decisión de *desmarcar* a la historia de la ficción literaria y especulación filosófica. Todo ese tipo de técni-

cas de escritura de la historia son discursivas y cruzan el discurso del historiador con el del literato.

La razón que da el autor es que, al difundirse la escuela o movimiento romántico literario, en latitudes como las nuestras por lo general tomó una forma de expresión dirigida a la exaltación de los valores y sentimientos. Una de las exaltaciones más socorridas fue la que correspondía a la representación de las experiencias nacionales. Puede decirse que en el mundo romántico prevalecen características fundamentales como el optimismo (convicción por la racionalidad y perfección), el providencialismo (conservar y perpetuar ciertas experiencias del pasado) y el tradicionalismo (apelar y exaltar a las instituciones fundamentales según elementos tradicionales). En suma, lo que a los románticos interesa es rescatar la *esencia*, el espíritu, lo singular que distingue a un pueblo, a una nación, a un Estado.

El primero de los artículos, en efecto, titulado “En busca de un método: la escritura de la historia en México, 1853-1889”, de Edgar Iván Espinosa Martínez muestra la manera en la cual se desarrolló una nueva forma de apropiación y de representación del pasado en México durante la segunda mitad del siglo XIX. Para ello, se presenta el ámbito cultural y político que privó en el país durante dicho lapso; así, se pone énfasis en las tendencias y corrientes de pensamiento (en particular el romanticismo y el cientificismo) que influyeron en la escritura de la historia propuesta por más conspicuos hombres públicos de la época. Ello constituyó la plataforma para el estudio del pasado con un carácter nacional (representar a los mexicanos), espíritu liberal (guía de un Estado rector) y aspiración científica (historia lineal y documentalista).

Para el autor, pues, al desatarse el movimiento independentista en México y aun en las décadas posteriores, el canon romántico con su respectiva atmósfera se complementará con las aspiraciones políticas, posicionamientos ideológicos y costumbres de la época. La poesía de José María Heredia (1803-1839) es señalada como el inicio de dicha tendencia que desplazó al neoclasicismo. Así, durante las décadas de 1830 a 1850 tal influencia arribó y se dejó sentir con fuerza en el país, en especial a través de la herencia española, a partir de la cual en el campo literario se desarrollaron postulados dirigidos a representar una *mexicanidad*. Aquella generación de profesionistas liberales, dice, estuvieron ubicados en

un romanticismo dirigido al rescate y exaltación de lo nacional, por lo que acudieron a los postulados del romanticismo; y en lo que se refiere a una metodología –más bien implícita e inspirados en el cientificismo de la época–, se encontraron aspectos como la “validez” del conocimiento histórico, lo que se saldó con la utilización de documentos escritos, en particular los oficiales. Con dicha fuente como elemento principal e indiscutible y una escritura del tipo romántico, se presentó una visión por lo general evolutiva y lineal de los procesos históricos.

El segundo artículo, “*Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos: Imagen y representación de la mujer mexicana en la novela de tema cristero” de Omayda Naranjo Tamayo, explora, dentro del contexto de la Revolución Mexicana, la representación de la mujer de finales de los veinte del siglo pasado, a través de la novela *Pensativa*, de Jesús Goytortúa Santos. Es a su vez un estudio que destaca la presencia femenina en la historia a partir de uno de los géneros de la literatura, en una época matizada bajo la concepción familiar y social de que su rol debía circunscribirse únicamente al marco limitado del hogar. Ocupando una posición relevante y de gran importancia se aborda su imagen a partir de su actuación durante la primera rebelión de los cristeros (1926-1929).

El artículo se atiene al supuesto habitual de que el texto literario es un conjunto estructurado de enunciados fijados por símbolos con capacidad para crear y evocar su propia realidad dentro de su unidad sistemática o de estilo. Parte de la convicción generalizada de que el lenguaje certeramente empleado puede redimir los temas más desagradables y hacernos admirar las conclusiones menos admisibles para nuestra personal concepción del mundo. El lenguaje científico y el literario son dos extremos opuestos entre los que caben muchas posibilidades intermedias: el lenguaje científico es monosémico y busca primariamente la claridad intelectual o lógica; el lenguaje literario es polisémico (connotativo) y no se agota en su contenido intelectual: su núcleo informativo está muy impregnado de elementos emotivos y volitivos. Lo que caracteriza al lenguaje literario es la *intensificación*: pone un especial énfasis expresivo, afectivo o estético añadido a la información transmitida por la estructura lingüística sin alteración. La literatura nace del más íntimo deseo de comunicación y búsqueda del tú interlocutor: la literatura nace de un impulso profundo de comunión que el literato expresa mediante

el ritmo literario y los demás mecanismos de expresión de lo literario. Con Alfonso Reyes creemos que la literatura es la expresión más completa del hombre. Todas las demás expresiones se refieren al hombre en cuanto especialista de alguna actividad singular. Sólo la literatura expresa al hombre en cuanto hombre, sin distingo, ni calificación alguna.

El tercer artículo de la sección temática se llama “Eréndiras de leyenda y carne y hueso”, de Ana Cristina Ramírez Barreto, presenta a Eréndira, una legendaria mujer purépecha que resistió a la conquista española aprendiendo a montar a caballo. Pero también es un nombre personal, femenino, bastante común en Michoacán. El artículo no sólo da a conocer la leyenda y sus elementos, sino que reflexiona sobre la importancia del nombre personal Eréndira ligado al auge de los cardenismos y expone los resultados de la búsqueda de las Eréndiras de carne y hueso. Este tercer artículo nos pone en contacto con otro tipo de escritura que se vale de los mundos excepcionales y fabulosos del mito y la leyenda, dos de las formas más antiguas de la literatura cuando el mundo estaba aún simbolizado por los dioses y los héroes. En tanto que el mito es un producto espontáneo de la formalización cultural del mundo humano como el arte, la ciencia o los usos sociales, la leyenda mantiene un fuerte vínculo con las creencias de la gente y no sólo tiene que ver con su religiosidad, sino con ese fabuloso sistema de comunicación al que llamamos cultura.

En transcripción y presentación de Zulema Trejo, el documento que ahora ofrecemos tiene como tema el “Partido liberal sonorenses y candidatura de Ignacio Pesqueira a la gubernatura”. Tras pintar el cuadro político, las relaciones y las máscaras de los liberales y conservadores se presentan en la sección documental una serie de documentos que arrojan luz sobre la existencia de un club liberal en Sonora. Este club aparece hacia 1861, año en que el general Pesqueira se reeligió por primera vez en el ejecutivo sonorenses. ¿Por qué son importantes dichos documentos? Por el hecho de que prueban la existencia de una organización que brindó su apoyo al gobernador, se autodenominó explícitamente liberal y asumió como suyas las ideas liberales que en esa época estaban en boga.

Inaugura la sección general el artículo de Agustín Jacinto Zavala “La idea de ‘ciencia japonesa’ y la filosofía tardía de Nishida Kitaro” que

muestra que como consecuencia de lo que Nishida caracteriza cual despertar de la autoconsciencia del pueblo japonés, es decir, cual la percepción de constituir una unidad históricamente diferenciada, en la década de los treinta se exacerba el nacionalismo cultural y se pone énfasis en la peculiaridad de la cultura japonesa. La idea de que en ese tiempo existe ya una “ciencia japonesa” es parte de aquel énfasis. En este artículo se busca presentar la manera en que Nishida Kitarô (1870-1945), filósofo japonés, desde el punto de vista de su propio pensamiento filosófico encara la idea de una ciencia japonesa. Para ello se hace una breve exposición de los principales aspectos de la crítica nishidiana a aquella idea que en el primer cuarto del siglo xx todavía resulta exagerada. De esta manera tenemos también un primer acercamiento a la manera en que Nishida piensa la ciencia.

El segundo artículo de esta sección general, de Luis Granados Campos, “Ecología cultural: metamorfosis un concepto holometábolo” señala, desde una óptica crítica de los postulados centrales de la ecología cultural, que la forma en que extiende la mano hacia la naturaleza para entrar en contacto con ella está determinada por las relaciones sociales, elemento constitutivo y cohesionador de lo social humano: la sociedad y su cultura. De este modo el autor bosqueja y propone una categoría de análisis socioecológico que permite comprender la operación del conjunto sociedad-naturaleza.

Cierra el número el artículo “Turismo, capitalismo y producción de lo exótico: Una perspectiva crítica para el estudio de la mercantilización del espacio y la cultura” de Ángeles A. López Santillán y Gustavo Marín Guardado quienes proponen una revisión crítica de los temas y discusiones dominantes en los estudios del turismo, desde la confluencia de disciplinas como la antropología, sociología y la geografía, a fin de poner de relieve la evolución de conceptos y enfoques teóricos nodales en la discusión contemporánea, y con ello sugerir líneas de análisis que pueden enriquecer significativamente el debate en el contexto de las sociedades modernas y su relación con dinámicas globales. Más que un estado del arte sobre el tema, se discuten las orientaciones que lo abordan como proceso de producción de mercancías para el consumo turístico.